

Widerad, su adversario, que era medio paralítico y cojo, no volviere á tener deseos de ocupar un sitio al lado de Sigefredo de Maguncia; y para esto eligió como instrumento al conde Egberto de Brunswik. Este, de acuerdo con Hezilo, se ocultó con varios de sus «caballeros» detrás del altar mayor de la catedral, y cuando en la noche del sábado, ántes de Pentecóstes, las campanas tocaron á vísperas y los criados colocaban en el coro las sillas para sus señores, precipitóse súbitamente sobre la servidumbre del abad de Fulda y expulsóla á puñetazos y á palos de la iglesia. Al presentarse la corte se apaciguó el tumulto, pero no por mucho tiempo. El jóven rey, los príncipes y prelados ocuparon sus puestos; el pobre Widerad, cuya silla no estaba junto á la del arzobispo de Maguncia, comenzó á cojear por el coro sin saber dónde sentarse; y á poco dióse principio al servicio divino, mas apénas se entonó el canto de vísperas, fué interrumpido bruscamente por el estrépito de una lucha y ruido de armas. Era que los «caballeros» del abad, á quienes había ido á buscar en sus cuarteles de la ciudad la servidumbre maltratada, acababan de invadir la casa de Dios con los aceros desnudos y se arrojaban sobre los hombres del obispo y del conde de Brunswik, que de antemano estaban á la defensiva. Entónces da principio una ruidosa pelea; en las bóvedas de la catedral resuenan los gritos de los combatientes; y el suelo se cubre de heridos y muertos enrojeciéndose de sangre. El valeroso Hezilo se abalanza al púlpito, y haciendo las veces de «clarín de guerra» excita á los suyos á la lucha. «¿Qué importa la santidad del lugar? vocifera el obispo. ¡No hagais caso de ella! Toda la responsabilidad será mia.» En vano el jóven rey se levanta para restablecer el órden; tan poco caso hacen los furiosos del niño real como del lugar sagrado; ni los príncipes ni los preladados intentan poner término á la contienda, y sólo procuran que Enrique, protegido por los pecheros reales, salga sano y salvo de la catedral.

Dentro de la iglesia, los partidarios del obispo y del conde, vencedores de sus adversarios, pasan á cuchillo á los de Fulda, arrojan del templo á los que sobreviven y atrancan la puerta: sólo la noche pone término al sangriento escándalo. Las quejas y acusaciones del abad vencido no tuvieron eco en ninguna parte; por el contrario, como su enemigo Hezilo tenia mucha influencia en la corte, recayó sobre aquel toda la culpa del sangriento conflicto, alegándose que los de Fulda habían sido los agresores, y Hezilo excomulgó á los pecheros de Widerad, tanto á los difuntos como á los que habían escapado. El tribunal de la corte impuso al abad una fuerte multa; ó mejor dicho, los señores que dominaban en la corte, tanto eclesiásticos como seglares, saquearon procazmente la rica abadía de Fulda, y una parte del dinero cogido fué á parar al bolsillo del obispo de Hildesheim, autor del escándalo de Goslar.

Este episodio nos da una idea exacta de la moralidad del siglo XI: si en las inmediaciones de la corte, y hasta en presencia de la majestad real, pasaban y podían pasar semejantes cosas, ¿qué género de excesos no se cometerían en otras partes? Y no se echa de ver tampoco que las mujeres hayan influido visiblemente en suavizar y purificar el salvajismo y disolución de la época. Las relaciones matrimoniales se concertaban aún, sobre todo en las clases superiores, con la misma ligereza, poco más ó ménos, que en la época carlovingia. Sabemos, por ejemplo, que el rival de Enrique IV, Rodolfo de Suabia, estaba casado legítimamente al mismo tiempo con tres mujeres; pero no por eso faltaban tampoco excelentes ejemplos en las mujeres. Berta, la esposa de Enrique, fué un admirable modelo de generosidad, fidelidad y paciencia. Su única

hija, Inés, desposada con uno de los partidarios más fieles del desgraciado emperador, con el caballero Federico de Staufen, fué virtuosa abuela de una nueva generación imperial. Agradable impresión nos causa también el epitafio que Herimann, el Estropeado, sabio monje de Reichenau é hijo del conde Wolfrad de Suabia, poseído de piedad filial, puso en 1052 en el sepulcro de su madre Hiltruda, á quien llamaba «auxilio y esperanza de los suyos, madre de los pobres y refugio de los desconsolados», que «llena de dulzura, tolerancia y bondad, procuraba imitar el ejemplo modesto de Marta, mereciendo el beneplácito de todo el mundo».

En cuanto á las moradas y á los trajes, conservábanse en el siglo XI las formas fundamentales del siglo X. La construcción de madera, sin embargo, por lo ménos en cuanto á las casas de los príncipes, caballeros y preladados, no era ya tan preferida como la de piedra, que ofrecía mayor duración y seguridad, y la cual se creyó cada vez más necesaria para la edificación de castillos. ¿Quién de los que podían costear el gasto no hubiera juzgado conveniente tener un refugio donde ocultarse y defenderse contra sus enemigos? En otro lugar haremos una descripción exacta del interior y del exterior de un castillo de la Edad media, limitándonos por ahora á decir que ya en el siglo XI resaltaba la diferencia entre los castillos de la montaña y los lacustres, entre los de los príncipes y los de los caballeros.

Tanto el traje de los hombres como el de las mujeres indicaba pocos progresos, pues aún no se habían sustituido del todo los colores abigarrados, que ofendían la vista, por otros más armónicos. Las mujeres vestían, como ántes, la túnica inferior y la superior con el manto; todo sin pliegues, rígido y sin gracia: el traje de los hombres era semejante, agregándose sólo el pantalón. La túnica y el manto de las damas, de la misma longitud, llegaban hasta más abajo de las rodillas. El lienzo bizantino, la seda oriental, y las finas pieles, eran los principales géneros que se usaban para los trajes de los nobles; el terciopelo y la seda eran más preciosos y tenían más peso por los bordados de oro y plata. A los caballeros y las damas agradábales lucir adornos de metal y de piedras preciosas. En el calzado se observaba ya gran lujo: usábase unos zapatos estrechos y puntiagudos, de seda amarilla, roja, verde ó azul, ceñidos con correas de taflete, y ornados en la parte del empeine con bordados ó esmaltes. Los preladados que vestían á la moda, según se dice, hasta llevaban en sus zapatos pequeños espejos para tener á la vista á cada paso su propia y reverendísima persona.

Los caprichos de la moda rayaron en lo extravagante cuando se inventaron los trajes llamados «partidos», que dividían aparentemente al ser humano, sobre todo al hombre, de arriba abajo, en dos mitades de distintos colores. Usábanse con mucha afición los cosméticos para el cutis y el cabello; las damas nobles procuraban tener peines de marfil; llevaban siempre pequeños espejos de mano, y también guantes, no á causa del frío sino para que sus manos pareciesen más graciosas. La cubierta del sarcófago de Rodolfo de Suabia en la catedral de Merseburgo, construida en bronce en el decenio de 1080 á 1090, nos da una idea del aspecto de un gran señor en ocasiones solemnes en la segunda mitad del siglo XI. Poco más ó ménos de la misma época tenemos la imagen de una mujer, sentada en un trono, vestida con el traje de gala de la época; á su izquierda tiene las tablillas de cera en que se escribía, y á la derecha el estilo.

Este trono, con sus formas angulosas y rígidas, demuestra cuán toscos é incómodos deben haber sido los muebles, aún de los nobles y ricos personajes, en la Alemania del siglo XI; y en

verdad no exageraríamos si dijésemos que en aquella época las familias de la alta aristocracia no vivían ni vestían con mucho tan bien, tan sana y cómodamente como viven y visten en la actualidad las familias decentes de obreros á quienes gusta un poco la comodidad y el aseo. Es de creer que el mayor regalo se hallaba en los palacios episcopales y en las ricas abadías, pues desde las épocas más remotas los señores eclesiásticos tuvieron siempre mayor prevision y



LABRADOR LIBRE Y SIERVO

mejor olfato para todas las cosas buenas que se encuentran en este «valle de lágrimas». Sabían acondicionar con toda comodidad las clausuras y disponían de tiempo sobrado para estudiar prolijamente el modo de proporcionar mayor placer y recreo á sus refinados paladares, asaz inteligentes en materias gastronómicas, distinguiéndose además como excelentes catadores de vino. Y por cierto que en las casas de los obispos y de los abades se comía y bebía ya perfectamente en la época de los Enriques. De ello nos da pruebas el *Libro de las bendiciones* (*liber benedictionum*), escrito en el siglo XI por un monje de San Galen y que aún hoy día se halla en la biblioteca de este convento. Segun el citado autor, la mesa del convento de San Galen estaba provista de tan abundantes como variados productos del arte culinario, y en cuanto á las bodegas, nada tenían que envidiar á la cocina; en la mesa, adornada con varias clases de asados y de tortas, sal, especias y salsas, presentábanse como primer plato los pescados, entre los cuales

figuraban también los castores; seguían después las aves, de las que se contaban quince especies; el tercer plato se componía de carne, para cuya preparación el autor de esta lista indica diez y siete guisos diferentes; y la caza de varias especies, entre ellas el capricornio, el uro y el bisonte, constituía el cuarto. La carne del pavo real, del cisne y del pato se consideran como indigestas, y también la avellana se cree dañina para el estómago; mientras que se reco-



CIUDADANOS ARMADOS

miendan eficazmente los ajos. Para postres servíanse diversas clases de legumbres y de frutas, es decir, peras y manzanas del país y otras importadas del sur; no faltaba tampoco abundancia y variedad de bebidas, pues había allí cerveza y aguamiel para la gente ordinaria, y vino aromático, mezclado con miel, para los paladares delicados.

Claro es que con tales comidas se podía muy bien cruzar devotamente las manos sobre el vientre, nada ascético á la verdad, alabando de todo corazón al Dador de todo lo bueno; pero en cambio, poco ó nada se hablaba ya de trabajos civilizadores como los que se efectuaban en otra época en los conventos. Verdad es que en algunas partes se continuaban las crónicas latinas, comenzadas en la época de los Otones, como por ejemplo la escrita por los monjes Herimann de Richenau y Lamberto de Hersfeld; pero estas crónicas debían servir particularmente, segun lo demuestra claramente la de Lamberto, para favorecer los principios jerárquicos;